

— No tengas miedo, cegatón, correrá hasta la encrucijada del camino.

— ¿Quieres que te dé un consejo? dijo el Maestro de Escuela.

— Venga, contestó el cochero. — Que vayas listo cuando pases por delante de los guardas, pues como has andado mucho tiempo vagabundeando por las puertas, no sería extraño que te conocieran.

— Déjalo estar, que no me mamo el dedo, contestó el otro subiendo al pescante.

Toda esta conversación fué en caló, lo cual prueba que el improvisado cochero era un bandido, camarada del Maestro de Escuela. El coche salió de la calle del Templo, y á la caída de la tarde se detuvo enfrente de una cruz de madera que marcaba la encrucijada de un camino hondo y desierto, por el cual se iba á la quinta de Bouqueval, en donde estaba la Cantaora.

XIX

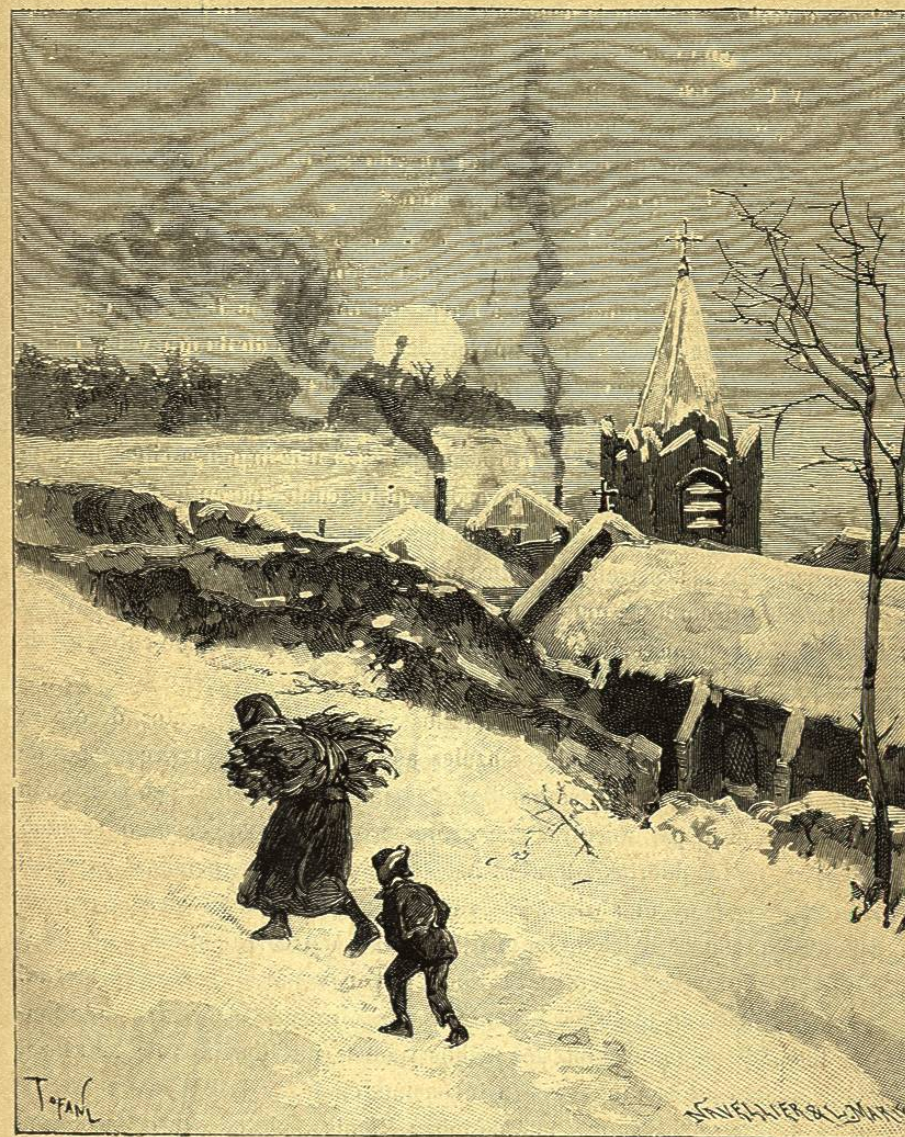
IDILIO

En aquel momento sonaban las cinco en el reloj de la iglesia de Bouqueval. El frío era grande, el cielo estaba claro, y el sol, bajando ya lentamente por detrás de las mustias arboledas que cubrían la alturas de Ecoen, enrojecía el horizonte y tendía sus rayos pálidos y oblicuos por la vasta llanura helada.

Todas las estaciones ofrecen en el campo recreo y variedad. Á veces una nevada convierte la llanura en un inmenso paisaje de alabastro, que brilla esplendorosamente bajo un cielo color de púrpura. Al anochecer de estos días, ya suba el labrador por la colina ó ya descienda hacia el valle para volver á su morada, conoce que se acerca una noche obscura y tenebrosa, siente en las manos y en el rostro la brisa glacial, y lleva cubiertos de blanca nieve el caballo, la capa y el sombrero; pero allá abajo, en medio de los árboles sin hojas, descubre la clara luz de las ventanillas de su casa, la chimenea despide espirales de humo que le anuncian la rústica cena, el fuego alegre y reparador y la conversación cariñosa de los que le esperan, mientras el norte silba por afuera helando la llanura y trae en veloces ondas el remoto ladrido de los perros que guardan el ganado.

Otras veces desde la madrugada la escarcha cuelga en los árboles sus prismas de cristal que el sol de invierno hace brillar con diamantino resplador, la tierra de labor húmeda y pingüe está atravesada por largos surcos en donde reposa la ligera liebre, ó corren y juguetean los alegres perdigones. Acá y acullá se oye el melancólico tañido de la campanilla del macho cabrío que guía un gran

rebaño de carneros esparcido por las verdes pendientes del terreno, mientras que el pastor envuelto en la capa gris y sentado al pie de un árbol, canta y teje un cesto de juncos.



El sol bajando ya lentamente por detrás de las mustias arboledas...

Animase quizás la escena, y el eco esparce á lo lejos los sonidos del cuerno y los ahullidos de la jauría: un gamo despavorido salta de repente en la espesura del bosque y sale al llano, y veloz como el viento va á perderse en el horizonte

en el espesor de otros bosques. Las trompetas y los ladridos se acercan, salen los perros de la intrincada maleza, corren por la tierra gris, vuelan sobre los barbechos con la nariz pegada á los terrones, y siguen gritando por la pista del gamo fugitivo. Tras ellos van los cazadores inclinados sobre el cuello de los veloces corceles, y animan la cacería con la voz y el sonido de los cuernos. Este torbellino pasa como un relámpago, el ruido se devanece poco á poco; perros, caballos y cazadores desaparecen en la espesura y todo queda otra vez en majestuoso, y profundo silencio.

Entonces la paz y el silencio de la llanura solo es interrumpido por el monótono canto del pastor que custodia el rebaño.

Estas escenas campestres abundaban en las cercanías de la aldea de Bouqueval, situada, á pesar de su inmediación á París, en una especie de desierto al cual solo se podía llegar por caminos transversales. La quinta de Bouqueval á donde se había retirado la Cantaora, oculta entre los árboles durante el verano, como un nido entre el ramaje se veía entonces descubierta y sin el denso velo de verdura. El riachuelo helado por el frío asemejábase á una inmensa cinta de plata tendida en medio de prados siempre verdes, en los cuales pacen lentamente una manada de vacas. Varios bandos de palomas atraídas por la proximidad de la noche, se posaban sucesivamente sobre el techo agudo del palomar: los nogales corpulentos, que en el verano cubrían de sombra el zaguán y los edificios de la quinta, mustios entonces, dejaban ver los techos de teja y de heno cubiertos de un musgo entre verde y pajizo.

Un pesado carro tirado por tres caballos vigorosos, corpulentos, de espesa crin y de piel lustrosa, con colleras azules adornadas de borlas y cordones de lana encarnada, conducían las gavillas de trigo. El carro entró en el zaguán por la puerta principal, mientras que un numeroso rebaño de carneros se agolpaba á una de las puertas laterales. Así los animales y las personas parecían desear el descanso y el abrigo. Los caballos relinchaban de alegría ante la cuadra, los carneros balaban junto á la puerta del corral, y los labradores miraban á las ventanas de la cocina, en donde tenían preparada la abundante cena.

Reinaba en toda la quinta el orden más metódico y la más extremada limpieza. Los arados, los rastros, los trillos y otros instrumentos de labranza, algunos de los cuales eran de nueva invención, en lugar de hallarse cubiertos de tierra y esparcidos aquí y allá, estaban limpios, pintados y colocados en línea debajo de un gran tinglado en donde colgaban también los carreteros los arreos de los caballos. El zaguán arenoso no presentaba á la vista los montones de estiércol y los charcos de agua podrida que se ven en todas las casas de labranza de las provincias de Bria y Beauce y las aves domésticas entraban al anochecer en el patio por una pequeña puerta que se abría hacia el campo. Sin

detenernos en más pormenores, diremos tan sólo que esta quinta era justamente considerada en el país como un modelo de establecimientos de labranza, así por el orden que en ella se observaba y por la excelencia de su agricultura y de sus cosechas, como por la dicha y moralidad de las personas que la habitaban y cultivaban, pues pertenecían á las familias de los labradores más honrados del distrito.

Hablaremos en otro lugar de las causas de esta prosperidad; por ahora conduciremos al lector á la puerta del corral, que no era menos digno de atención que el zaguán de la quinta, por la elegancia rústica de sus gallineros y del pequeño canal de piedra por el cual corría sin cesar una agua limpia y cristalina.

Notose una súbita revolución entre los habitantes alados de este corral; las gallinas bajaron cacareando de los polleros, los pavos y los patos graznaron, y las palomas y pichones dejaron el palomar y se posaron en el suelo dando alegres arrullos.

La llegada de Flor de María era la causa de este movimiento general.

Greuze y Watteau no hubieran imaginado jamás un modelo más encantador, si las mejillas de la pobre Cantaora fuesen más redondas y sonrosadas; pero sin embargo de su delicada palidez, la expresión de su rostro, el conjunto de su persona y la gracia de sus modales, la hubieran hecho digna del pincel de aquellos dos grandes pintores.

La cofia de Flor de María dejaba ver su frente y sus cabellos rubios; sobre este tocado llevaba, como casi todas las aldeanas de la inmediación de París, un gran pañuelo encarnado de cotonia doblado y sujeto detrás de la cabeza con dos alfileres; las puntas de este pañuelo se cruzaban y caían sobre los hombros, de un modo tan gracioso que pudiera competir con los mejores trajes nacionales de Suiza y de Italia. La alta pechera de su delantal cubría la mitad de la blanca pañoleta de batista que cruzaba su seno; un jubón de grueso paño azul con mangas ajustadas ceñía su esbelta cintura, y se unía con su zagal de fustán pardo con rayas oscuras. Las medias blancas, unos zapatos abotinados metidos en unas galochas negras y forrados en piel de cordero, completaban la rústica sencillez de su traje, realizado por el encanto natural de Flor de María.

Tenía el delantal cogido por ambas puntas, y sacaba de él puñados de grano que echaba á las aves que tenía á su alrededor. Un hermoso pichón de extremada blancura y de pico y patas encarnadas, más atrevido y más domesticado que sus compañeros, después de revolotear algunos momentos alrededor de Flor de María, se puso en uno de sus hombros; pero acostumbrada sin duda la joven á este género de confianzas, siguió echando el grano á manos llenas, hasta que por último volvió hacia atrás su rostro, levantó un poco la cabeza y alargó sonriendo su pequeña boca de rosa al pico colorado de su buen amigo...

Los últimos rayos del sol cubrían de un pálido dorado este sencillo y candoroso cuadro.

XX

INQUIETUDES

Mientras que María se ocupaba de las aves, la señora Adela y el abate Laporte, cura de Bouqueval, sentados cerca de la chimenea hablaban de aquella joven que era siempre el tema de sus conversaciones. El anciano cura pensativo, recogido, con la cabeza inclinada, y apoyando los codos en las rodillas, extendía maquinalmente hacia el fuego sus temblorosas manos; y la señora Adela ocupada en la labor, miraba de cuando en cuando al abate como esperando que la contestara. En efecto, después de un corto silencio dijo: tenéis razón, señora, será preciso avisar á Mr. Rodolfo; pues si él interroga á María, atendida la mucha gratitud de ésta, quizás le dirá lo que á nosotros nos oculta.

— Me parece que sí, y por lo mismo hoy escribiré dando á la carta la dirección del paseo de las Viudas, según me ha prevenido.

— ¡Pobre muchacha! y su pena debe afligirla mucho, pues no le permite ser feliz cuando debiera serlo tanto.

— Y nada basta á distraerla, ni aún el estudio á que tanto se aplica.

— ¿Es verdad que ha hecho extraordinarios progresos en el corto tiempo que nos ocupamos en su educación?

— Muchos, porque aprender á leer y á escribir casi de corrido, y saber contar lo bastante para ayudarme á llevar los libros de la granja, es cosa que pasma. Y luego que me secunda en todo con la mayor actividad, de un modo que me admira y me entenece. Trabaja á pesar mio, en términos que me pone en cuidado por su salud.

— Por fortuna ese médico negro nos ha tranquilizado con respecto á las consecuencias de esa tos que tan alarmados nos tenia.

— Es excelente sujeto ese Mr. David, y se interesa muchísimo por ella, si bien esto es general en cuantos la conocen. Aquí todos la quieren y la respetan; es verdad que gracias á las generosas y elevadas miras de Mr. Rodolfo, las gentes de la granja son la flor y nata del país; pero yo creo que los hombres más rudos é insensibles cederían al atractivo de esa dulzura angelical que siempre parece que pide perdón, como si ella fuese la única culpable: ¡pobre niña!

Después de reflexionar un poco el cura repuso: ¿no me habéis dicho que la

tristeza de María data desde que la señora de Dubreuil arrendadora del señor duque de Lucenay, estuvo aquí con motivo de las fiestas?

— Sí, señor, entonces hice esa observación, y sin embargo, tanto dicha señora como su hija Clara, que es un modelo de candor y de bondad, se enamoraron, como todo el mundo, de María: las dos le daban continuamente las más eficaces pruebas de amistad; y lo más raro es que como todos los domingos vamos á verlas ó ellas vienen, cada visita aumenta la tristeza de María, siendo así que Clara la quiere como una hermana.

— En verdad que eso es un misterio extraño. ¿Cuál puede ser la causa de esa melancolía? Entre su vida actual y la pasada hay una diferencia como del infierno al paraíso, y no se le puede acusar de ingrata.

— ¡Ingrata! ¡pobrecilla! Bien veis cuán reconocida se muestra á nuestros cuidados; y además su rara delicadeza es bien notoria. ¿Además, no hace todo lo que puede como si quisiera ganarse la subsistencia? ¿No procura recompensar con el trabajo la hospitalidad que se le da? Y no solo eso, sino que excepto los domingos en que exijo que se componga un poco para acompañarme á misa, ha querido ir vestida como una labradora pobre, á pesar de lo cual tiene una gracia, una apostura tan noble, que también con esos vestidos es encantadora.

— Vuestras palabras revelan el orgullo maternal, dijo el anciano sonriéndose. Y en aquel punto los ojos de la señora Adela se llenaron de lágrimas porque pensó en su hijo.

El cura adivinando la causa de su emoción le dijo: Ánimo, Dios os ha enviado esa pobre niña para ayudaros á esperar el momento en que encontréis á vuestro hijo. Un vínculo sagrado os unirá muy pronto á María, pues vais á ser su madrina, y cuando una madrina comprende bien este título, es casi una madre. El señor Rodolfo le ha dado la vida del alma salvándola del abismo, de manera que con anticipación ha cumplido los deberes de padrino.

— ¿Creéis que está dispuesta para recibir ese sacramento?

— De aquí á un rato volveré con ella á la rectoral, y le diré que esa ceremonia tendrá lugar dentro de quince días.

— ¡Cuánto os lo agradecerá! ¡su alma es tan piadosa!...

— ¡Ah, es un dolor el que tenga culpas tan graves que expiar!

— Pero, señor abad, ¿cómo querriais que no hubiese sucumbido, abandonada á sí misma desde la infancia, sin recursos, sin apoyo y precipitada, por decirlo así, á pesar suyo en la senda del error y del vicio?

— El buen sentido moral debiera haberla iluminado y sostenido. Y además ¿ha procurado acaso huir de su horrible situación? ¿es por ventura tan rara la caridad en París?

— No hay duda que no, señor abad: no faltan personas caritativas, pero la dificultad está en encontrarlas. ¡Cuántos desvíos, cuanta indiferencia no hay

que sufrir antes de hallar una sola! Y si á esto se añade que para salvar á María no bastaba una limosna casual ó pasajera, sino un interés continuo que le hubiese proporcionado los medios de ganar honrosamente la vida, comprenderéis su situación... Muchas madres la hubieran socorrido y mostrado su piedad; pero lo difícil era encontrarlas ¡Ah! creedme, señor cura; he conocido el desamparo y la miseria... y á no ser por una casualidad tan providencial como la que ha puesto á María en el camino del señor Rodolfo, aunque demasiado tarde fatalmente; á no ser, repito, por una de esas casualidades, los desgraciados, brutalmente repelidos cuando piden socorro la primera vez, creen que es imposible hallar la caridad, y acosados por el hambre... por el hambre imperiosa y despiadada, buscan con frecuencia en el crimen los recursos que no esperan hallar en la piedad del prójimo.

La Cantaora entró en la sala.

— ¿De dónde venis, hija mía? — le preguntó madama Adela con interés.

— De ver la fruta, señora, y de cerrar las puertas del corral. La fruta está bien conservada; apenas he entresacado alguna podrida.

— ¿Por qué no habéis dicho á Claudia que hiciese ese trabajo, María? Os habréis fatigado mucho.

— ¡No, señora! para mí es una diversión: ¡me agrada tanto el olor de la fruta madura!...

— Un día de estos veréis el frutero de María, señor abad — dijo la señora Adela. — No podéis figuraros como lo tiene arreglado: cada especie de fruta está separada por una guirnalda de racimos, y aun las mismas especies están divididas en cuadros formados con musgo.

— ¡Ah! señor cura, estoy segura de que os gustará — dijo la Cantaora. — Veréis que hermoso efecto hace el musgo alrededor de las manzanas sonrosadas y de las peras amarillas como el oro. Sobre todo hay unas camuesas tan lindas encarnadas y color de paja, que parecen cabecitas de querubines metidas en un nido de musgo verde — añadió María con el entusiasmo de un buen artista al contemplar su obra.

El cura miró sonriendo á madama Adela, y dijo á Flor de María:

— He admirado ya la lechería que habéis arreglado, hija mía, y me parece que os envidiaría vuestra obra la labradora más inteligente: veré también vuestro frutero uno de estos días, las hermosas manzanas, las peras color de oro, y sobre todo vuestros querubines en su nido de musgo verde. Pero el sol se pone, y no tendréis tiempo para acompañarme á la rectoral y volver antes que sea de noche... Poned el mantón y vámonos, hija mía... Pero no, hace mucho frío; será mejor que os quedéis y que me acompañe cualquiera persona de la quinta.

— Señor cura, la daríais un mal rato — dijo madama Adela: — no



Pocos momentos después salió el cura de la quinta apoyado en el brazo de Flor de María.

tiene mayor gusto que el de acompañaros todas las tardes á la rectoral.

— Señor abad — añadió la Cantaora clavando en el anciano sus grandes y tímidos ojos — creería que no estabais contento de mí, si no me permitieseis acompañaros como de costumbre este tarde.

— ¡Yo! hija de mi alma... tomad, tomad pronto el mantón, y abrigaos bien y vámonos.

Flor de Maria echó apresuradamente por los hombros una especie de pelliza con capucha, de una tela gruesa de lana blanca bastillada con un galón de terciopelo negro, y dió el brazo al anciano.

— Afortunadamente — dijo el cura — no está lejos la rectoral, y el camino es seguro.

— Hoy salís más tarde que los demás días — dijo madama Adela : — ¿ queréis que alguien os acompañe, María ?

— Dirían que tengo miedo — repuso María sonriendo. — Gracias, señora, no quisiera que nadie se incomodase por mi causa : como no hay más que un cuarto de hora de aquí á la rectoral, estaré de vuelta antes de la noche.

— No insisto, porque, gracias á Dios, nunca se ha hablado de malhechores en este país.

— Á no ser así no aceptaría el brazo de nuestra amada niña, — dijo el anciano — aunque á la verdad es el báculo más seguro que tengo.

Pocos momentos despues salió el cura de la finca apoyado en el brazo de Flor de Maria, que arreglaba su paso ligero al andar lento y penoso del anciano.

.....
Al cabo de algunos minutos el cura y la Cantaora llegaron al camino hondo, en donde estaban emboscados el Maestro de Escuela, la Lechuza y el hijo de Brazo Rojo.